

## El loco Tome

Había llegado tarde a casa. Otra vez me empezaba el dilema bipolar de “salir a correr” o “sentarme a tomar cerveza”, como si no hubiera nada intermedio para hacer. Después de todo un día de trabajo uno a veces necesita hacer algo, lo que sea, como para justificar eso que se llama vivir.

La copiosa lluvia no había mejorado para nada las cosas. Como realmente no encontraba la tercer alternativa decidí subir a la terraza para ver si la rejilla no se había tapado y generado un lago artificial sobre mi cabeza. Ya una vez me enteré cuando nuestro techo llovía el living. Me puse mis cortos y subí por la desvencijada escalera. Ahí estaba el lago, ya tenía hojas, esos bichos de agua con dos patas que nadan como remando y pájaros parados en la medianera que se acercaban a tomar agua. Mierda, fuera zapatillas. El agua me tapaba los tobillos, mi cabeza aun acelerada por el día laboral intentaba calcular el volumen de agua que soportaba el techo de mi casa alquilada. Tantos centímetros en promedio de altura, por tanto de largo, por tanto de ancho.. bla , bla bla metros cubicos de agua, por la densidad , pesan tantos kilos sobre ....

Saqué la rejilla y se generó un vortice casi hipnótico sobre el drenaje, bichos, hojas, agua, aire, todo iba al sumidero con una velocidad espectacular. ¡Y el sonido! Ese sonido de “eso no va a volver por donde vino”.

El agua demoró bastante en irse, había una buena cantidad. Eso fue lo último que pensé. En el suelo de la terraza quedaba ese barrito fino y baboso al tacto, que se forma en los grandes charcos. Mis pisadas quedaron estampadas en él, desde la escalera hasta la rejilla.

Me senté en una medianera a mirar el atardecer. Los perros ladrando en las terrazas vecinas, los extractores de aire girando en los techos de los galpones de chapa aunque no haya viento, la ropa tendida, infinitas antenas que reciben y transmiten solo Dios sabe que...

Emocionado pensé en bajar y en contarles a todos lo que habia visto, pero, ¿a quién iba yo a contarle y como?  
Oí la puerta de calle abrirse y mi novia me preguntó si ya iba a bajar.

Desperte con el sol de la mañana, y la vi preocupada acercandose al rincón donde me había dormido.

- ¡Vas a perder la camioneta ! ¿No vas a ir a trabajar hoy? .

Ni siquiera se me había pasado por la cabeza. No le respondí. Oriné en la rejilla y tomé agua de la pileta que se encuentra abajo del tanque. Me sentía esplendido. Ella se fué llorando , yo no entendí por qué.

En el hueco del parrillero donde esta el carbon y los cajones para quemar, había quedado una bolsa con panes viejos, me escondí del sol ahí abajo y desayune ese manjar con gusto a grasa y tierra.

Cerca del mediodía ella volvió a buscarme. Decía un monton de cosas que yo no entendí aunque me sonaban familiares. Mis dos gatos me hacian compañía de tanto en tanto, merodeando alrededor, mordisqueandome los dedos de los pies cuando dormia.

La noche llegó y refresco un poco. Tenía hambre de nuevo. Miré por la medianera que da a la calle, y abajo mio, delante de mi casa yacia como siempre el contenedor de basura. Trepé por el arbol sin dudarle y mientras iba bajando hacia la calle observé que nadie reparara en mi. Tomé un precioso botín de las bolsas, restos de pollo, un tomate a medio prodrir, panes y una caja de jugo caliente. Volvi a subir rapidamente por el arbol hasta alcanzar la altura de nuestro primer piso.

Por la ventana, velada por el tejido mosquitero pude ver el rostro de asombro de una mujer joven que se me hacia familiar. ¡Ya estaba de nuevo en la terraza con mi botín! ¡Que alegría!

La navidad es una época generosa. Comí copiosamente y me acosté bajo el hueco del parrillero.

Desperté con el canto de los pájaros y el maullar de los gatos. Había algunas moscas a mi alrededor. Mi sueño había sido interrumpido varias veces por aquella mujer sollozante que me tironeaba de los brazos mientras yo reposaba bajo el parrillero.

Me senté en la medianera y el perro de al lado me ladraba mientras movía la cola.

Hacia calor, así que trepé al tanque de agua, corrí la tapa y me metí dentro. Volví a colocar la tapa de manera casi completa, para que me hiciera sombra. El tanque rebalsó y cayó agua hacia los costados. Estaba sentado dentro del tanque, mis pies se relajaron sobre el fondo musgoso. Cerré los ojos y en el fresco alivio del calor de la tarde creí escuchar voces, de mujeres y hombres, infinitas voces que nunca parecían callar, ni siquiera un segundo. Dormí.

Cuando el sol dejó de entrar por la rendija que dejaba la tapa salí a estirarme. Mi piel estaba arrugada y en algunos lugares verde y marrón. Me gustaban las formas que había dejado el barro y el musgo, parecían bosques, montañas y ríos tatuados sobre mi piel. La misma agua que me chorreaba de la cabeza los convertía en un paisaje cambiante. Era hermoso y yo no podía dejar de verlo, en mi panza, en mis piernas y mis brazos.

Bajé como tantas veces por el árbol para buscar comida. Esta vez había un grupo de personas que me miraban desde una distancia prudencial. Al principio dudé en bajar, pero al ver que no se acercaban hice lo mío y volví a la terraza.

El sol doraba mi piel desnuda, cubierta solo por la tierra y la luna me saludaba con su reflejo bajo el agua, en las duras noches de calor dentro del tanque.

Y así pasaron los soles y las lunas, llenos de plenitud y felicidad. Y mi dicha era tan grande que ni mil poetas enamorados podrían haberla descrito. Y mi paz era tan profunda y silenciosa como el negro espacio en la noche en donde no se ve, ni se oye nada.

Desperté con el canto de los pájaros y el maullar de los gatos, el perro de la terraza lindera ladraba sin parar. Hacia frío cuando despegué los ojos, enroscado bajo el parrillero, cubierto con algunos diarios y bolsas vacías de carbón. Cuatro hombres de blanco tironeaban de mis brazos y piernas, otros hombres y mujeres gritaban y lloraban. Me resité con todas mis fuerzas, gritando, mordiendo y pateando. Me arrastraban irremediadamente hacia la escalera. Lo último que recuerdo de la terraza es ver uno de esos sombreros-extractorer metálicos girando sin cesar sobre el techo de un galpón.

Ahora estoy atado a una incómoda cama, las ropas asfixian mi cuerpo y las sábanas no permiten que el frío me haga sentir vivo. La luna no refleja su luz sobre mí, en lugar de eso, unos tubos largos y fríos se ciernen sobre mi cabeza. Y no escucho cantar a los pájaros, ni ladrar a los perros, todo lo que hay es gente triste llorando sobre mis pies y manos atados. Yo nunca los miro.

Y cada tanto escucho que cuentan la misma historia, la historia del “Loco Tome”, un pibe que vivía con su novia, trabajaba en una central Térmica y pasaba las horas de ocio en un bar con sus amigos, hasta que un día se volvió loco.

Entonces mis ojos se llenan de lágrimas y sonrío, deseando que el pobre Tome un día encuentre la paz que encontré yo en la terraza, en el tanque de agua, bajo el parrillero del cielo, solo y a salvo de ser comprendido. Pues aunque yo no esté ahí, esos sombreros de chapa siguen girando, aunque no haya viento.